Mahoma

Profeta y hombre de Estado

W. MONTGOMERY WATT

melusina

1

El huérfano predestinado

Bajo el sol abrasador de un día de verano en Siria, hacia el 600, una caravana de mercaderes árabes con los camellos cargados avanza lentamente hacia el sur. Ha dejado La Meca, ciudad situada a unos cuarenta días de marcha en dirección sur, y regresa con incienso, especias y sedas de la India y otros artículos de lujo. Los mercaderes han vendido o canjeado estos productos en los mercados de Siria, probablemente en Damasco, y ahora, cargados con otros bienes, emprenden el camino de vuelta.

Cerca de Bostra, en las faldas de Yebel ed-Druze, la caravana pasa por delante de la celda de un ermitaño cristiano, el monje Bahira. La mayoría de los hombres de la caravana habían pasado varias veces por delante de dicha celda, pero el monje no les prestaba ninguna atención; aquel día, sin embargo, les invita a un banquete. Ordenan al más joven que vigile los camellos y las mercancías, y se disponen a empezar la fiesta. Pero el monje no se muestra satisfecho; requiere la presencia de todos, sin excepción. En su celda guarda un libro sobre sabiduría antigua, legado de los anteriores ermitaños que habían habitado allí. Gracias a los conocimientos extraídos de este libro se ha dado cuenta, de forma sobrenatural, de que en la caravana hay un personaje de gran importancia. Ha visto una nube y un árbol protegiéndole del sol abrasador, y quiere saber si esta persona también mues-

tra los otros signos, mencionados en el libro, que le señalarían como gran profeta.

Ante la insistencia del monje, los árabes se avienen a que el niño deje de vigilar a los camellos y acuda al banquete. El monje quiere saberlo todo sobre él. Primero pregunta al tío a cuyo cargo se encuentra el muchacho, y posteriormente mantiene una larga conversación con el niño. Echa un vistazo a su espalda y descubre una marca entre sus hombros que reconoce como el sello de los profetas. Ahora está seguro. Al despedirse de la caravana, le dice al tío: «Vuelve a casa con tu sobrino y no le quites el ojo de encima. Si los judíos le ven y averiguan lo que yo sé, sin duda le harán daño, porque se convertirá en un gran hombre». El niño era Mahoma.

Por supuesto, ésta sólo es una leyenda basada en ideas rudimentarias. Es la clase de historia que uno espera encontrar entre los que consideran que todo lo escrito es afín a la magia. Sin embargo, tiene su importancia porque muestra la visión popular musulmana de Mahoma: un hombre marcado desde una edad temprana, incluso antes de su nacimiento, por señales y cualidades sobrenaturales.

En contraposición, nos encontramos con el punto de vista europeo sobre Mahoma, cuya peor manifestación se dio en la Edad Media, cuando su nombre fue corrompido a *Mahound*, uno de los nombres que se le daba al demonio. Pero esto no es tan extraño como parece. Cabe recordar que en la primera ola de expansión tras la muerte de Mahoma, los árabes arrebataron a los cristianos el control de las tierras donde había nacido el cristianismo, es decir, Siria y Egipto. A partir del siglo VIII, los musulmanes se dedicaron a atacar a la cristiandad por sus fronteras sur y sureste. ¿Resulta tan extraño que los europeos insultaran en todo lo posible al enemigo y, por ende, a su líder? Si tenemos en cuenta lo que se ha dicho y se opina sobre el káiser o Hitler, por no mencionar a Napoleón, no es sorprendente que los europeos de la Edad Media pensaran que sus enemigos extraían todo su poder de la fuente del mal. La situación no mejoró cuando los europeos occidentales, quienes llevaban un modo de vida

sencillo y tosco, fueron testigos del gran lujo y refinamiento de los soberanos musulmanes en España.

Las ideas cristianas de la Edad Media sobre el islam no eran mucho mejores que la propaganda en tiempos de guerra. En el peor de los casos, estas ideas eran tan descaradamente falsas que llegaron a dañar a la causa cristiana. A los combatientes se les hacía creer que los musulmanes eran bestias crueles y salvajes; por eso, cuando en las batallas se encontraban con más de un «caballero perfectamente educado», solían perder la fe en su causa. Así que, a partir del siglo XII, los estudiosos se vieron obligados a corregir los errores más burdos. A pesar de ello, parte del resentimiento de la actitud medieval ha perdurado en Europa hasta nuestros días, y ni siquiera se ha conseguido erradicar con los medios que proporciona la erudición moderna.

¿Cómo podemos entonces formarnos una opinión bien fundada de la figura de Mahoma? Si no se trataba ni de un mensajero de Dios ni de un libidinoso –tal y como lo llamó en 1697 un estudioso decano inglés–, ¿quién era? No es una pregunta fácil de responder. No sólo supone hacer juicios sobre hechos, sino también juicios teológicos y morales. La presente obra se encargará, en su mayor parte, de presentar los hechos en los que dichos juicios teológicos y morales deben basarse, al menos para poder gozar de una aceptación general.

LA RIVALIDAD DE LAS GRANDES POTENCIAS

Aunque la historia del monje Bahira es, en esencia, una leyenda, representa fielmente el mundo en el que vivió Mahoma. Mahoma nació en La Meca y allí pasó gran parte de sus primeros cincuenta años. Los mecanos eran comerciantes y enviaban caravanas a Siria. Mahoma debió formar parte, al menos un par de veces, de una de estas caravanas, y seguramente en cierta ocasión acompañó a su tío. Hay un dato de gran importancia: aunque La Meca era un pequeño

pueblo situado en los desiertos o estepas cercanas a la costa occidental de Arabia, de ningún modo vivía aislado de los grandes imperios de la época. Una lectura rápida de las fuentes podría sugerir que el islam nació fruto de las insignificantes discusiones que se suscitaron en este pueblecito. Sin embargo, un estudio más cuidadoso nos muestra que la totalidad de Arabia se encontraba atrapada en la red política de las grandes potencias de la época.

Una de estas grandes potencias era el Imperio bizantino. Cuando los comerciantes de La Meca transportaban sus bienes a Damasco o a Gaza, entraban en los dominios de Bizancio. A este imperio también se le da el nombre de Imperio romano o Imperio romano de oriente, ya que gobernaba los territorios restantes del Imperio romano en tiempos clásicos. La parte occidental fue invadida por los bárbaros en el siglo V y se extinguió. Pero la franja oriental, con la capital en Constantinopla, se mantuvo y en el siglo VI recuperó, incluso, partes del imperio de occidente gobernadas por los bárbaros. En el 600, el Imperio bizantino comprendía Asia Menor, Siria, Egipto y el sureste de Europa hasta el Danubio. También controlaba las islas mediterráneas y algunas partes de Italia, además de ejercer cierto dominio en la costa del norte de África.

El Imperio bizantino tenía un gran rival, el Imperio persa, bajo el control de la dinastía sasánida. Este imperio estaba gobernado desde las ricas tierras de Iraq y se extendía hasta Afganistán y el río Oxus. Éstas eran las dos grandes potencias de la época por lo que se refiere a Arabia. En la segunda mitad del siglo VI, la mencionada rivalidad llevó a una serie de guerras con tan sólo breves períodos de paz. Si se nos permite anticipar un poco los hechos, el clímax llegó en los últimos años de la vida de Mahoma. Los persas vencieron a los bizantinos, conquistaron Siria y Egipto y, en el 614, entraron en Jerusalén y se llevaron la Vera Cruz. El emperador bizantino trabajó con ahínco para salvar la situación. Asistido por las pugnas en el seno de la familia real persa, obtuvo un rotundo éxito y, en el 628, los persas solicitaron la paz. Aban-

donaron las provincias de Bizancio que hasta ese momento ocupaban y, en el 630, se restauró la Vera Cruz en Jerusalén.

Esta incesante lucha entre gigantes tuvo sus repercusiones en Arabia. La influencia de los persas se extendía por el golfo Pérsico y a lo largo de la costa sur de Arabia. De una manera u otra, todos los pequeños principados y territorios gobernados por un jeque dependían de Persia. A menudo, alguna de las facciones locales se mantenía en el poder gracias al apoyo persa. Por lo menos desde el siglo IV, los persas ya ejercían algún tipo de influencia sobre el Yemen. Hacia el 570 enviaron una fuerza invasora por mar con el objetivo de ocupar la región y posteriormente establecer una ruta comercial por tierra desde el Yemen hasta Iraq.

El interés del Imperio romano por las rutas comerciales de Arabia occidental se hizo patente en una gran expedición realizada el año 24 a. de C.; sin embargo, no sólo no tuvo éxito, sino que rozó el desastre. Se dice que, hacia el 356, el emperador de Bizancio envió a un obispo cristiano al Yemen para que contrarrestara la influencia persa mediante la propagación del cristianismo. Los bizantinos estaban tan impresionados por la importancia de esta región de Arabia que, hacia el 521, el emperador aceptó una ocupación abisinia del Yemen, a pesar de las diferencias políticas y religiosas entre abisinios y bizantinos. Estos últimos consideraban que su forma de cristianismo era ortodoxa y que los abisinios eran herejes monofisitas; no obstante, preferían estos herejes amigos a los persas o a sus aliados. La política de Bizancio sufrió un revés cuando los persas expulsaron a los abisinios en el 570. Un poco más tarde, quizás en el 590, los bizantinos intentaron obtener el control sobre La Meca mediante la instauración de una facción probizantina en el poder. Pero los habitantes de La Meca, aunque sentían más simpatía por los bizantinos que por los persas, no tenían ningún deseo de quedar subordinados a ninguna de las grandes potencias, así que el aspirante a príncipe se vio obligado a huir.

Ni persas ni bizantinos intentaron controlar a los nómadas de Arabia de forma directa. Con las armas y los medios de co-

municación disponibles resultaba una tarea imposible, incluso para un gran imperio. El método que ambos emplearon consistió en apoyar a un príncipe en la frontera entre el desierto y las tierras fértiles, preocupándose de que fuera lo suficientemente fuerte como para evitar que los nómadas asaltaran las tierras habitadas. Los persas apoyaron a la dinastía principesca de los lajmíes, algunos de cuyos seguidores eran nómadas aunque vivían en la población de al-Hirah, cerca del Éufrates. De forma similar, los bizantinos, por lo menos a partir del 529, apoyaron a los príncipes gassaníes, quienes dominaban la región al este del Jordán y de Damasco.

Además de extender su influencia política por gran parte de Arabia, hubo también una penetración cultural o religiosa. Los gassaníes habían sido cristianos durante mucho tiempo, y así mismo en el 600, el rey de los lajmíes se convirtió al cristianismo. Gracias al estímulo de las grandes potencias, aunque no sólo a causa de ello, el cristianismo se extendió entre las tribus nómadas. En la época de Mahoma había cristianos en muchas de las tribus, y en algunas de ellas existían secciones que eran mayoritariamente cristianas. Sin embargo, es imposible precisar qué grado de comprensión tenían del cristianismo. Lo que sí está claro es que existía una conexión entre religión y política. De entre las diferentes formas de cristianismo, ortodoxia y monofisismo, en política las tribus se decantaban por una actitud probizantina, si bien el emperador bizantino era ortodoxo mientras los gassaníes y los abisinios eran monofisitas. Por otro lado, la rama cristiana de los nestorianos (más correctamente sirios orientales) había sido expulsada del Imperio bizantino, pero como tenía muchos adeptos en Iraq se la asociaba de forma natural con una política filopersa. También existía cierto judaísmo en Arabia. Algunos de los judíos eran, sin duda, descendientes de hebreos que habían huido de las persecuciones, pero otros debieron ser árabes que abrazaron la fe judía. Por razones que no son del todo claras –acaso la típica oposición a los cristianos filobizantinos– la mayoría de los judíos se decantaban por los persas.

Seguramente los mercaderes de La Meca no prestaban mucha atención al entorno político en el que vivían. Con todo, muchos de ellos viajaban a Siria y algunos a Iraq y, por lo menos, debieron ser conscientes de la situación a grandes rasgos. Sin duda, conocían la rivalidad entre persas y bizantinos, así como el acuerdo entre estos últimos y los abisinios; y la conexión entre religión y política no pudo habérseles escapado. Éste es un aspecto importante a tener en cuenta al intentar entender la trayectoria de Mahoma.